

RUTGER BRATTSTRÖM

De **SUECIA** *al*
FRENTE UCRANIANO
NUNCA MÁS, DE NINGUNA MANERA

Traducción, edición y prefacio de Juan Pina



EL SUDOR BRILLA en la frente de Dag y veo un atisbo de pánico en sus ojos. Somos amigos desde el instituto y luego estudiamos juntos ingeniería en Uppsala. Ahora no tiene buen aspecto. Dice que no podrá volver a casa y pregunta si puede dormir aquí, en las instalaciones. Probablemente sea lo mejor. Son las 4:30 de la madrugada en el sótano de la Asociación de Estudiantes Geijer, donde he traído a un montón de gente que quería continuar la fiesta después del certamen de acertijos del semestre, celebrado en la nación Värmlands¹. El equipo de Dag y el mío tampoco ganamos esta vez, a pesar de que lo hemos intentado casi quince veces. Ese maldito Fox Bus, ¿nunca se rendirán? Realmente son lo que dicen ser: «viejos zorros de la nación». Algunos de ellos eran conservadores antes de que yo naciera, otros se han convertido recientemente en inspectores profesionales. Se dice que uno de ellos, el anciano de barba gris y sombrero marrón, ha participado en todas las competiciones semestrales de acertijos desde 1965. Es poco probable, pero no conviene preguntar y estropearles la leyenda. Una vez más, hemos tenido que ahogar nuestras penas en alcohol y baile. Tarde o temprano, el Fox Bus ya no podrá circular, entonces ¿llegará quizás nuestro turno de ganar?

1 En Suecia se denomina «naciones» estudiantiles a unas organizaciones amplias de alumnos de las principales universidades. La Värmlands Nation es una de las más importantes, y sus miembros pueden ser estudiantes de cualquiera de las dos universidades de la ciudad de Uppsala.

Edvard participó en el equipo varias veces entre 2016 y 2017, pero conducir por Uppland², resolviendo acertijos difíciles todo el día, no era lo suyo. Sin embargo, lo que sí le gustaba era la horrible fiesta posterior en la nación: juegos de mesa, manteles de papel disolviéndose por el vino derramado y ceremonias de entrega de premios al estilo estudiantil, con tapas de inodoro para el peor equipo del semestre. Afortunadamente para Edvard, Johan —otro chico del equipo— tenía la prioridad opuesta, y varias veces participó mientras que Edvard ocupaba su lugar en la sesión. Otras veces simplemente se colaba, lo cual era más fácil de lo que uno podría pensar. Sin embargo, el 23 de abril de 2022 no acudió, a pesar de que le pregunté si quería venir.

Después de enseñarle a Dag cómo cerrar con llave, me tambaleo hasta casa, todavía vestido como un cazador de zorros, dejando a Dag en el oscuro sótano donde va a dormir en el sofá.

El 24 de abril me enteré de que Edvard se había marchado. La razón por la que Dag quería quedarse en el local no era sólo que estuviera demasiado borracho para irse a casa. Dag se había enterado de lo que se estaba tramando durante la noche. La verdadera razón era que el local estaba a una manzana del apartamento de Edvard, y Dag quería ir con él a primera hora de la mañana siguiente, cuando Folke, amigo mío y de Edvard desde los seis años, llevara a Edvard y todo su equipo a Estocolmo para reunirse con otros suecos, con los que iba a viajar a Ucrania. No tenía ni idea de que eso iba a suceder, pero no me sorprendió. Me parecía lógico. ¿Qué sentido tiene ser soldado si no participas cuando hay una guerra? Durante años, Edvard se había entrenado y preparado, no porque quisiera la guerra, sino para estar preparado para defender Suecia y Occidente: nuestra democracia, nuestras libertades y nuestra paz. Ahora que todo estaba realmente en juego, cuando un antiguo país del bloque del Este había decidido rechazar su sistema oligár-

2 Provincia costera sueca, justo al Norte de Estocolmo.

quico y cleptocrático e intentar salir de la esfera de influencia rusa, ¿no era el momento de utilizar sus habilidades?

Sin embargo, me sentía mal porque Dag no me había contado lo que estaba pasando. ¿No debería haberse dado cuenta de que yo también quería saberlo? ¿Que yo también quería ir en el coche a Estocolmo? ¿Que esta podría ser nuestra última oportunidad de ver a Edvard? Pero Dag, por supuesto, tenía otras cosas en la cabeza aparte de mí. No era sólo mi amigo, sino también amigo de Dag, que se marchaba al frente de la mayor guerra europea en ochenta años. Tuvo que decidir qué hacer a altas horas de la noche (o a primera hora de la mañana), mientras estaba ebrio, así que lo comprendo: la excusa es válida.

El viaje en coche transcurrió aparentemente sin incidentes. Edvard había estado toda la noche despierto, haciendo las maletas y jugando con el equipo que había comprado con todos sus ahorros, y durmió casi todo el trayecto. Los otros suecos parecían buenos chicos; Edvard los había elegido cuidadosamente. Muchos militares entusiastas habían mostrado interés, pero los guardias nacionales cincuentones y regordetes que ven documentales sobre la Segunda Guerra Mundial más a menudo de lo que se cambian de ropa interior no son hombres en los que se quiera confiar en una situación de riesgo. El plan era que el grupo encontrara una unidad adecuada a la que unirse y luego abriera un canal para que más suecos pudieran ir y participar. A largo plazo, podrían crear una variante moderna del Cuerpo de Voluntarios Suecos durante la Guerra de Invierno³. Habían contactado con varias personas diferentes en Lviv, pero era difícil, si no imposible, evaluar su seriedad a distancia. Inicialmente se reunirían con los contactos *in situ*, participarían en ejercicios e intentarían encontrar una unidad adecuada para los soldados suecos.

3 Este cuerpo (SFK, por sus siglas en sueco) luchó del lado finlandés contra la Unión Soviética durante la llamada Guerra de Invierno (1939-1940).

PRIMERA PARTE

La vida antes del 18 de julio de 2022

Guardería

SEGURAMENTE HUBO UN tiempo antes de que yo conociera a Edvard, pero no lo recuerdo. Para mí, él siempre existió, hasta el día en que dejó de hacerlo. En el jardín de infancia éramos mejores amigos y solíamos jugar en casa del otro. Edvard vivía en un gran apartamento en la última planta de Övre Slottsgatan, en Uppsala, y tenía su propia habitación, donde podíamos estar sin que nos molestaran nuestros padres y hermanos menores. En el salón colgaba un retrato de su abuelo Bengt Selander, coronel de primera clase y antiguo ayudante del rey. Desde la ventana del salón se podía ver el edificio de la universidad y la plaza de Martin Luther King, pero a mí me interesaba más la pequeña pista de carreras de Edvard, con resortes que podían lanzar los diminutos coches a una velocidad impresionante.

Cuando jugábamos a la guerra, cosa que hacíamos a menudo, yo era Napoleón o Carlos XII de Suecia: personajes históricamente complicados que, a nuestros ojos infantiles, eran héroes atacados por todo el mundo y que continuaban luchando con honor mucho después de que la esperanza se hubiera perdido por completo. Edvard era mi mano derecha, haciendo del mariscal Ney o del mariscal de campo Rehnskiöld. Sin embargo, en la práctica era un subordinado terrible: casi nunca seguía las órdenes, sino que hacía lo que le daba la gana. No lo hacía porque necesitara demostrar nada, sino porque sabía que él era el que más sabía. Por supuesto, salíamos victoriosos de todas nuestras batallas y campañas a pesar de nuestros desacuerdos en la tienda de mando.

Durante estos juegos, el tiempo pasaba de una manera extraña, como probablemente les ocurre a la mayoría de los niños. Nuestras maestras del jardín de infancia solían anunciarnos que quedaban cinco minutos para salir del Vasaparken, pero eso nos parecía un océano de tiempo antes de que tuviéramos que empezar a pensar en recoger nuestras cosas. Probablemente no era esa su intención.

Durante los veranos, mi padre Kenneth organizaba algo que más tarde descubrí que otras personas llamaban «juego de rol en vivo» (LARP) e invitaba a todo el jardín de infancia. Mi papel era el del rey de Djupviken, la pequeña cabaña de mi familia a las afueras de Uppsala, y los demás niños eran todos caballeros de mi fuerza de élite. Edvard era mi mano derecha. Las aventuras incluían la pérdida de algún objeto de gran valor: una varita mágica o tal vez incluso mi querido conejo Nusse, al que sólo me permitían tener durante el verano, en el campo, ya que en nuestro apartamento de la ciudad provocaba una reacción alérgica demasiado fuerte a mi padre. Por supuesto, eran los despreciables habitantes del bosque quienes lo habían robado. Eran criaturas que vagaban por el bosque y soñaban con acabar con la pequeña zona de paisaje abierto de Djupviken y dejar que el matorral creciera denso. Kenneth hacía de guía y nos llevaba a mí y a mis caballeros a través de la épica aventura de recuperar el objeto robado. Nuestros enemigos mortales, los habitantes del matorral, eran los otros padres que, con la ayuda de algunos cosméticos de camuflaje, cinta adhesiva, ramas y partes de disfraces de Halloween, se habían convertido en seres terroríficos. Marco, el padre de Edvard, solía meterse en un traje de camuflaje y transformarse en un gran arbusto. Tras largas penurias por el bosque, episodios de huida entre centinelas y pequeñas escaramuzas, el día siempre terminaba con una batalla final en la que la gente del matorral era derrotada con espadas de madera, tan fuerte que uno comprendía por qué mi padre se asignaba el papel de guía y evitaba así semejante abuso. Edvard y yo fuimos proba-

blemente las principales razones por las que los juegos de rol en vivo no pudieron continuar después de que cumpliéramos siete años. Los moretones que aparecían en los padres comenzaron a ser excesivos en sus tonalidades.

Incluso en el jardín de infancia, Edvard tenía un extraño carisma que lo situaba en el centro sin que él tomara el mando. Uno de mis recuerdos más claros de la guardería es la reverencia que se sentía claramente por él. Un día hicimos un acuerdo: cada uno elegiría un apodo para el otro, que el otro tendría que aceptar sin importar lo cruel o feo que fuera. Yo elegí llamarlo Pegasus. No sé por qué, pero puede que fuera porque tenía el mismo encanto misterioso que las criaturas mitológicas de las que mi padre nos leía cuentos antes de dormir; otra interpretación, por supuesto, es que los caballos alados se asociaban con lo femenino y el nombre tenía como objetivo recordarle a las chicas, que eran una gran preocupación en nuestras vidas. Edvard decidió llamarme «Salchicha de caca», una clara señal de que la admiración no era mutua. Afortunadamente, no duró ninguno de los apodos que inventamos. A mí me han ahorrado en gran medida los apodos; Rutger suele ser suficiente. El apodo duradero de Edvard tampoco fue Pegasus, sino Vadde, que surgió porque le costaba pronunciar su propio nombre.

Edvard tenía la costumbre de morder cuando era muy pequeño. Yo no lo recuerdo, pero mis padres me han contado que a menudo volvía del jardín de infancia con varias marcas de mordiscos. Una interpretación era que utilizaba los mordiscos como forma de mostrar aprecio, por lo que yo era especialmente vulnerable. Otra opción es que yo fuera un niño muy molesto, pero nadie me lo dijo. Afortunadamente, dejó de morder bastante rápido.

Leíamos cosas similares durante ese periodo: mitología griega y nórdica antigua dirigida a niños, libros de historia de diversos tipos y biografías de suecos famosos. En la carta de despedida que escribió antes de partir hacia Ucrania, que en realidad nunca debió ser leída, mencionó el impacto que había

tenido en él la breve biografía de Raoul Wallenberg⁴, adaptada para niños. Por supuesto, yo también la había leído, y la historia del diplomático quedó grabada en mi memoria. Pero para mí era la trágica historia de un hombre que hizo todo lo posible y sin duda hizo mucho bien, pero que, en general, sólo salvó a unos pocos y pagó el precio más alto. En cambio, fue el libro sobre Alfred Nobel el que más me impresionó: el inventor que cambió el mundo y decidió animar y recompensar a otros que hacían el bien en lugar de emprender él mismo la tarea ingrata, como Wallenberg. Probablemente, Edvard interpretó los libros de forma diferente a mí. Me imagino que vio a Nobel como un personaje débil que intentó comprar un buen legado con dinero, un matiz que yo no descubrí hasta la edad adulta. Raoul Wallenberg, por su parte, salvó a miles de judíos del nazismo, y miles de vidas humanas siguen siendo miles, aunque no se salvara a otros millones.

Setenta y ocho años después de que Raoul Wallenberg fuera enviado a Budapest, volvió a estallar la guerra en Europa. Para Edvard, no fueron los acontecimientos de Hungría en 1944, sino los de Finlandia unos años antes, los que constituían el mejor paralelismo con Ucrania en 2022. Las similitudes entre la Guerra de Invierno finlandesa y las primeras etapas de la guerra en Ucrania son realmente sorprendentes. En octubre de 1939, el gobierno soviético se reunió con el finlandés y le presentó varias exigencias. Con el pretexto de hacer más segura Leningrado, el oso ruso exigió que grandes zonas del sur del país y varias islas del golfo de Finlandia fueran transferidas a la Unión Soviética. Finalmente, el Gobierno finlandés se negó a acceder a las exigencias y la guerra se convirtió en una realidad.

Las exigencias rusas de que Finlandia fuera una «zona de amortiguación» resonaron a lo largo de la historia, pero en

4 Famoso diplomático sueco que ayudó a salvar a miles de judíos durante la Segunda Guerra Mundial desde su puesto en Budapest. Arrestado por los soviéticos al fin de la guerra, murió en 1947 en la temible cárcel Lubyanka de Moscú.

una versión aún más extrema, a finales de 2021 y principios de 2022. En ese momento, Putin exigió que toda Ucrania constituyera una zona de amortiguación entre Rusia y la OTAN. Al mismo tiempo, un gran número de unidades rusas se apostaron ante la frontera ucraniana. Según Putin, la expansión de la OTAN entre los antiguos Estados del bloque del Este ha destabilizado el equilibrio de poder entre las superpotencias, Estados Unidos y Rusia, lo que amenaza a ésta última. Nada más lejos de la realidad. Una y otra vez, los dirigentes rusos postsoviéticos han demostrado que están dispuestos a utilizar una fuerza excesiva para someter a los países vecinos que buscan la libertad. Han recurrido a métodos militares en Moldavia en 1992, en Chechenia en 1994 y 1999, en Georgia en 2008 y en Ucrania desde 2014. Además, las fuerzas rusas han participado en conflictos en Siria, la República Centroafricana y Mali. El hecho de que los países vecinos de Rusia hayan decidido unirse a la alianza de defensa más poderosa del mundo no se debe a una gran conspiración, sino a las propias acciones de Rusia. La exigencia irrazonable rusa de influir en la política exterior de Ucrania fue rechazadas tanto por ese país como por la comunidad internacional a principios de 2022. El secretario general de la OTAN, Jens Stoltenberg, afirmó claramente que Rusia no tiene voz ni voto en la posible adhesión de Ucrania a la alianza y que Rusia no tiene derecho a obligar a los Estados soberanos a convertirse en zonas de amortiguación. El 24 de febrero estalló la guerra a gran escala.

Tanto en 1939 como en 2022, los dirigentes soviéticos y rusos, respectivamente, contaban con victorias rápidas que nunca llegaron a producirse. A pesar de la superioridad de sus fuerzas militares, ambas guerras ofensivas estuvieron mal planificadas y constituyeron auténticos desastres logísticos. En 1939, las fuerzas soviéticas no estaban preparadas para las duras condiciones invernales. En 2022, la corrupción en el ejército ruso había provocado la falta de productos básicos como neumáticos y combustible. En ambos casos, las tropas

atacantes sufrieron una falta de moral. Las guerras se prolongaron mucho más de lo que nadie había previsto. Las fuerzas soviéticas no lograron superar las defensas finlandesas a lo largo de la línea Mannerheim, y el ataque inicial ruso contra Kyiv fracasó al cabo de un mes, lo que llevó a las tropas rusas a retirarse con el rabo entre las piernas, dejando tras de sí el rastro de sus crímenes de guerra en Bucha y Borodyanka.

El apoyo sueco a ambos países atacados fue fuerte. Suecia también es un país pequeño en las proximidades de Rusia, y lo que ha ocurrido en Finlandia y Ucrania podría muy bien ocurrir aquí en una fase posterior. Defender el derecho a la autodeterminación de otros pequeños países soberanos es defender el nuestro. En diciembre de 1939, los primeros voluntarios suecos llegaron a Finlandia, y en abril de 2022, Edvard y muchos otros fueron a Ucrania.

Al igual que Wallenberg, Edvard nunca regresó a casa del viaje que emprendió en medio de una guerra encarnizada, casi ochenta años después.

Ucrania

29 de abril de 2022

AXEL, UN INTEGRANTE posterior de nuestro grupo de amigos —le conocimos cuando teníamos unos diez años, alrededor de 2004— y que ahora está haciendo su doctorado en lenguas indoeuropeas en los Países Bajos, ha creado un chat grupal en la aplicación de mensajería encriptada Signal, con Edvard y nuestros amigos más cercanos. La idea es que Edvard no tenga que comunicarse con nosotros uno por uno y que todos podamos estar al día de sus aventuras y, posiblemente, también compartir si ocurre algo divertido en casa. El grupo lo formamos Axel, Folke y yo: la vieja pandilla de la Sverkerskolan. Además, por supuesto, están Dag, Sten y Josefine: mis amigos del instituto que se han integrado en el antiguo grupo. Sten es el moderado prematuramente sabio, que ya en la escuela secundaria siempre vestía de traje y que más tarde terminó en la misma clase de secundaria que Edvard. Josefine es la chica fiestera que siempre tiene algo social planeado y de alguna manera se las arregla para insinuarse en todas las quedadas a las que la he llevado.

Edvard empieza enviando una foto de su almuerzo en Lviv. Rollitos de col en salsa de tomate anaranjada con pan y cerveza. Comento que es incivilizado comer rollitos de col sin patatas y mermelada de arándanos rojos, pero, en realidad, tiene muy buena pinta. Folke y Josefine responden con una foto del restaurante de IKEA. No tiene tan buena pinta.

Más tarde, ese mismo día, Edvard envía un vídeo desde su habitación de hotel. Está en un piso alto y tiene vistas a la mayoría de los tejados. A lo lejos, hay un incendio y las sirenas antiaéreas resuenan por toda Lviv. Nos preocupamos. ¿No debería buscar refugio? Edvard se ríe y dice que los rusos nunca bombardearían un hotel.

Sverkerskolan

EMPEZAMOS EN LA escuela Sverkerskolan a los seis años, y solíamos ir juntos a clase. Hicimos nuevos amigos: Folke, que tenía predilección por las trituradoras de papel y hablaba de la oficina de su padre tan a menudo como Stina en Saltkråkan habla de «su calle en la ciudad»; Esmeralda, la clásica marimacho que tenía videojuegos más chulos que todos los demás y que hoy se llama Elias; BS, que se mudaría a Italia y montaría un viñedo; y HC, que no podía estar quieto y siempre buscaba mejores soluciones para que su Beyblade⁵ girara más tiempo.

Había un hormiguero en la pared de la escuela. No era señal de buena salud para un edificio centenario, pero para nosotros era una gran fuente de alegría. Las hormigas son un excelente objeto de estudio para los jóvenes científicos ávidos de conocimiento, y las sometíamos a todo tipo de pruebas para ver cómo reaccionaban. En un árbol a poca distancia había otro hormiguero. Si se capturaban hormigas de ambos hormigueros en un vaso o una taza, se podía experimentar algo increíblemente emocionante: guerras de hormigas, y no del tipo que se ve en la televisión. En un pequeño espacio confinado, si había dos tipos de hormigas, obviamente sobraba uno de ellos. Y tras un prolongado proceso caótico de baja intensidad, sólo quedaba uno de esos dos tipos. HC se encargaba de recoger las hormigas para las guerras, pero Edvard estaba muy interesado y seguía de cerca esos conflictos prolongados. Otra de nuestras

5 Peonza tecnológica.

actividades favoritas era jugar al hospital de hormigas e intentar cuidar a las pobres hormigas que habían sobrevivido a las guerras, pero habían perdido las antenas o las patas. Si no podíamos esperar a que hubiera una guerra, siempre era posible conseguir una o dos hormigas heridas, simplemente dejando que HC saltara un rato sobre el asfalto fuera del hormiguero.

Los cuidados que podíamos ofrecerles eran de una calidad increíblemente baja. Podíamos sumergir a las hormigas en un ungüento curativo que habíamos masticado juntos a partir de las hojas de un arbusto cercano. También intentábamos calentarlas en una tapa de alcantarilla negra que alcanzaba temperaturas tan altas bajo el sol del verano que nos quemábamos las manos. El peor tratamiento, y el más común, era cuando concluíamos que la lesión requería una amputación, tras lo cual les quitábamos a las hormigas las patas lesionadas. Para nuestro gran deleite, esto podía hacer que las hormigas sólo pudieran moverse después en grandes círculos. La comprensión de que hacíamos mucho más daño que bien era algo para lo que nuestros cerebros infantiles no estaban preparados: no llegaría hasta mucho más tarde.

En la clase de arte, teníamos otro juego en el que Edvard participaba mucho. Llenábamos cuaderno tras cuaderno de dibujo con fuertes, castillos y búnkeres bidimensionales llenos de pequeñas figuras armadas con palitos que simbolizaban fuerzas de guardia. Luego nos mostrábamos nuestras creaciones y discutíamos sin cesar cómo se debía proceder para conquistar las diversas fortificaciones.

El patio de la escuela Sverkerskolan nos dio nuestra primera lección de economía de mercado. Puede que seamos la última generación que pensaba que una de las cosas más divertidas era jugar con canicas (puede que me equivoque, ya que ya no estoy al tanto de las últimas tendencias en los patios de las escuelas suecas), pero lo cierto es que no todas las canicas son iguales. Las canicas de cristal eran más valiosas que las de piedra. Las llamadas «galaxias» eran más valiosas que las canicas

de cristal, y las «*dank*» eran las canicas supremas. Reinaban en lo más alto. Las canicas grandes también eran más valiosas que las pequeñas, por lo que una canica de cristal grande podía valer más que una pequeña «*dank*». Si usted, lector, no reconoce esta escala de precios, seguramente será porque, al parecer, había grandes diferencias regionales de unas ciudades a otras, e incluso entre los distintos patios escolares.

En cada descanso surgía todo un mercado de canicas en la «*Kulhuset*» (Casa de las Canicas), que en realidad era simplemente una zona pavimentada, del tamaño de una pista de bádminton, con un techo fuera del pabellón deportivo. A lo largo de uno de los lados largos estaban los vestuarios y, al otro lado, el patio del colegio. El espacio abierto hacia el patio sólo estaba bloqueado por dos grandes pilares que sostenían el techo. Aquí se podían apostar las canicas en un juego arriesgado: si tenías una canica valiosa, podías sentarte en uno de los lados cortos, abrir las piernas y colocar la canica delante de ti en la forma de V que se formaba. Luego gritabas la información relevante para aquellos que quisieran jugar: «¡primero, sin piedras!», lo que significaba que quien quisiera ganar la canica podía ponerse en fila con el pilar más cercano y lanzar sus canicas, pero no las de piedra, y participar así en esa apuesta. Todas las canicas que quedaban atrapadas en la forma de V se las quedaba la persona sentada, pero si alguien golpeaba la canica ofrecida, entonces se la quedaba la persona que había logrado golpearla.

El juego era interesante por muchas razones. No sólo nos enseñaba a valorar los objetos por nosotros mismos, sino también a comprender cómo los valoraban los demás. Nadie estaba dispuesto a lanzar contra una canica de cristal pequeña, ni siquiera desde el primer pilar; sin embargo, si tenías una «*dank*» grande, podías exigir fácilmente a tus oponentes que se colocaran en el otro lado corto de la «*Kulhuset*» y lanzaran sus canicas, una tarea casi imposible. Si alguien ya estaba ofreciendo una canica mediana desde el segundo pilar, podías

entrar en el mercado y quitarle todos los especuladores ofreciéndoles la oportunidad de lanzar una canica similar desde el principio. La «Kulhuset» tampoco era un lugar exento de trucos o de juego sucio. Si eras valiente y astuto, podías esparcir estratégicamente granos de grava que hacían rebotar las canicas bien lanzadas y cambiaban su dirección de forma crucial. Tanto si Edvard como yo cometimos esos abominables delitos como si no, sin duda ya han prescrito. Todos participábamos con diligencia en el juego de las canicas y desarrollábamos métodos para maximizar nuestras ganancias. Si Edvard ofrecía una canica del segundo pilar, yo podía aumentar su valor de mercado comentando en voz alta lo valiosa que era y mostrando activamente lo generosa que era la oferta lanzando una canica tras otra. Esto podía atraer a una multitud y dar lugar a que Edvard se llenara los bolsillos de canicas que luego podría utilizar para recompensarme por mis servicios, con una bonificación.

En el extremo más alejado del patio del colegio, detrás del campo de fútbol y la cafetería, estaba la Bråkkullen (la colina de los problemas). La única regla en la Bråkkullen era que no se hablara, precisamente, de la Bråkkullen. Era un sitio al que nunca iban los profesores, lo que significaba que era un lugar libre de reglas. A Edvard le gustaba estar en la Bråkkullen. Era un espacio misterioso donde podía pasar cualquier cosa. Allí se podían lanzar bolas de nieve y luchar con palos. O se podían lanzar piedras y trepar a árboles demasiado altos. O correr por un enorme laberinto de senderos entre los arbustos. No se te permitía entrar en la Bråkkullen hasta que estabas en tercer curso, y eso se respetaba. Si los niños más pequeños subían a la colina, se ponía en peligro todo el acuerdo tácito con los profesores. Tampoco se permitía a nadie quejarse si le habían golpeado en la cara con un palo o una piedra. Si no querías jugar en la Bråkkullen, había mucho espacio en el patio del colegio. En la Bråkkullen casi siempre estaban Axel y Charlie, y casi siempre luchaban con palos, a veces entre ellos, pero más a

menudo contra enemigos imaginarios en los arbustos de rosas silvestres. Intentaban derribar todas las rosas silvestres de las ramas cargadas de toda la colina. No creo que lo consiguieran nunca. Cuando nuestra clase se fusionó con la suya, se convirtieron en parte de la pandilla.

Los escaramujos contienen una sustancia mágica llamada polvo pica-pica. Este se puede extraer laboriosamente rompiendo las bayas y recogiendo el polvo. Edvard, Folke y yo pasábamos muchas horas recogiendo el polvo, que luego se podía utilizar en auténticas acciones terroristas, pero sobre todo con fines intimidatorios. Nadie quiere que le echen polvo pica-pica en el sombrero o en la camisa, así que basta amenazar con hacerlo para salirse con la suya.

En septiembre de 2001, bajé corriendo las escaleras del bloque de pisos de Kyrkogårdsgatan. En el aparcamiento exterior, Edvard y su padre Marco esperaban en un Mercedes negro: era hora de ir al colegio. Acabábamos de empezar primer curso y, hasta entonces, mis padres me habían acompañado al colegio. Este semestre no había sido fácil para ellos, porque, en cuanto veía la Sverkerskolan, me invadía una gran ansiedad: ¿tendría que estar allí todo el día sin mis padres? Era una idea terrible, pero, una vez que conseguían meterme en allí y marcharse, todo iba bien. Por razones comprensibles, mis padres acabaron cansándose de lidiar con ese molesto ritual matutino y se les ocurrió una solución ingeniosa. Cuando éramos tan pequeños, Marco solía llevar a Edvard al colegio en coche. Más tarde, empezamos a ir juntos andando. Durante unas semanas, pude ir con ellos. El truco funcionó: cuando sonaba el interfono, ya no había rastro de ansiedad por la separación. Cuando bajaba corriendo las escaleras, no me preocupaba ya dejar a mis padres porque lo importante era que iba a ver a Edvard y que pasaríamos otro día juntos.

Volvíamos a casa del colegio y, como de costumbre, cruzábamos el campo de fútbol-sala de Vindhemsparken. Edvard había estado callado, más callado de lo habitual, hasta que lle-

gamos al césped. Entonces me enseñó la carta que había encontrado en su cajonera de clase. El texto era sencillo y claro:

¿Tengo alguna oportunidad contigo?

Sí

[]

No

[]

Quizás

[]

/Esmeralda

«Pedir una oportunidad» a alguien es una de las expresiones más ambivalentes del sueco. Si pides una oportunidad y la respuesta es «sí», ¿significa eso que de repente estáis juntos, o sólo que ambas partes reconocen que existe la posibilidad de que os juntéis en un futuro? Nadie lo sabe. El hecho de que la expresión la utilicen casi exclusivamente los niños, que tampoco saben lo que significa estar juntos, no facilita las cosas. Independientemente de las implicaciones reales de la cuestión, es una pregunta que tiene un peso increíble para un niño de diez años. Edvard estaba perplejo y pensativo, y me pidió consejo sobre el confuso mensaje. Me había entregado la carta sin hacer ningún comentario, esperando mi reacción. Pero yo apenas podía entender lo que estaba viendo. Esmeralda era una de la pandilla, una de nuestras amigas, igual que Folke, HC y BS; ¿para qué quería una oportunidad con Edvard? ¿Quería robárnoslo? ¿Tener derechos exclusivos sobre él? No podía tolerar eso. «Uf, no querrás contagiarte de piojos femeninos, ¿verdad?». Los piojos femeninos eran otra amenaza constante en nuestra existencia, y recordársela era una forma inteligente de disuadirlo de responder que sí. La incertidumbre de su mirada desapareció cuando le ayudé a decidir qué debía hacer. Nada podía hacerle cambiar de opinión. La misma determinación obstinada que había surgido durante

los juegos de guerra en el jardín de infancia le acompañaría toda su vida. La mayoría de las decisiones le eran indiferentes y podía seguir al grupo en cualquier dirección, pero una vez que había decidido algo, su decisión era inquebrantable y no sentía la necesidad de discutirla ni de explicarla. Esmeralda nunca obtuvo una respuesta.

El texto amarillo se desplazaba lentamente por la pantalla mientras nos concentrábamos en los subtítulos en sueco. Había guerra en la galaxia y el malvado general Grievous había secuestrado al líder democrático del Senado, Palpatine, pero aún no había conseguido abandonar el espacio sobre el planeta capital, Coruscant. Los caballeros Jedi estaban de camino para liberar al prisionero... Edvard y yo estábamos al borde de nuestros asientos, no sólo porque habíamos visto la película anterior, *Star Wars: Episodio II - El ataque de los clones*, quizás un centenar de veces —grabada en VHS en mi casa—, sino porque también estábamos en el cine solos, sin la supervisión de un adulto, por primera vez. Con once años, ya éramos lo suficientemente mayores como para ver cómo personas y diversas criaturas espaciales eran cortadas en pedazos con poderosos sables láser sin que nadie nos tapara los ojos. También podíamos ver cómo los mejores amigos Obi-Wan y Anakin se enfrentaban entre sí y cómo la reina Padmé Amidala sufría un desengaño tan grande que moría en el proceso.

Al salir del cine, nada era igual: el Fyrisån se había transformado en un río de magma que fluía lentamente, y ningún banco del parque o montón de grava era demasiado bajo para saltar sobre él y pronunciar las palabras: «Se acabó, Anakin, tengo la ventaja». Movíamos piedras y otros objetos con telequinesis, y formábamos pistolas con los dedos, apuntándonos unos a otros y disparando con efectos de sonido muy serios: «¡piu, piu...!» Sin embargo, el proyectil de luz siempre se desviaba maniobrando con las dos manos los sables láser imaginarios. Unas horas más tarde, cuando cerré los ojos para dormir en mi propia cama, aparecieron otras imágenes. Vi a los peque-

ños aprendices Jedi, los Padawanes, acurrucados en un rincón del Templo Jedi en un intento de esconderse de Darth Vader y su ejército de clones. ¿No parecían tener más que once años?

Cada almuerzo o descanso largo en sexto grado seguía el mismo procedimiento. Sacábamos las hojas de personajes, los dados y el libro de reglas y continuábamos nuestra campaña de rol donde la habíamos dejado. No importaba dónde estuviéramos. Jugábamos en la cafetería, en los ruidosos pasillos o en el patio de la escuela. Había encontrado una vieja caja negra de *Drakar och Demoner* (*Dragones y demonios*), que mi padre debió de comprar a principios de los años ochenta. Las reglas eran sencillas, estaban en sueco y dejaban mucho a nuestra imaginación. Yo era el maestro del juego y dedicaba las tardes y el tiempo que me sobraba durante las clases de matemáticas a planificar cómo avanzaría la aventura. Axel y HC siempre estaban entusiasmados y eran complacientes, siempre dispuestos a seguir los sinuosos caminos de mi imaginación. Edvard era mucho más impredecible. Se negaba a interpretar personajes clásicos de los juegos de rol, como guerreros o magos, pero intentaba obtener más control sobre la historia a través de sus elecciones de personajes. La mayoría de las veces interpretaba a una especie de monje guerrero fanático religioso que tenía contacto directo con Dios: podía recibir en cualquier momento visiones del cielo, de su críptico dios Hallaballa. Cuando el grupo de rol se encontraba con un anciano que quería venderles un mapa del tesoro a cambio de una comida y una jarra de hidromiel, Hallaballa podía enviar una de sus visiones y el personaje de Edvard podía llegar a la conclusión de que el anciano no era de fiar (lo cual era cierto). Entonces, su personaje podía, sin previo aviso, acabar con los personajes secundarios que yo había creado y con los que quería que el grupo interactuara. Del mismo modo, a menudo tenía que apretar el puño en el bolsillo e improvisar una nueva forma de alejarlos de la taberna y llevarlos a la aventura que había planeado.

En un momento de debilidad, se lo confié a Nils. No debería haberlo hecho. Como de costumbre, habíamos estado en su casa jugando al FIFA. Nils era un año mayor y ya había empezado la secundaria. Nils también tenía novia y rebosaba experiencia vital. ¿Quizás podría darme algún consejo? Le conté mi secreto: que estaba enamorado de Miranda. Mi antigua clase se había fusionado con la de Miranda en otoño y yo no la conocía en absoluto. Apenas habíamos hablado. Sin embargo, compartía nombre con la poderosa y misteriosa maga de la serie de treinta volúmenes *The Rift*, del autor de fantasía Raymond E. Feist, que yo estaba devorando en ese momento. Me costaba diferenciar a los personajes y me enamoré perdidamente.

Inesperadamente, Nils me dio un consejo práctico. Pensó que debía invitar a Miranda a mi fiesta de cumpleaños. Así podríamos conocernos y todo saldría bien. Más tarde, esto resultaría ser una idea desastrosa ya que dejé claras mis intenciones al invitar sólo a Miranda y a nadie más de su grupo de amigas, y ella rechazó la invitación porque se dio cuenta de lo que pasaba. Además de darme un consejo terrible, Nils quería saber más: ¿quién era esa chica, qué aspecto tenía? Buscó en el anuario escolar y encontró a las alumnas de sexto curso, y vio con la mujer de mi corazón. Una semana más tarde, estaba pasando el rato con Nils de nuevo, pero esta vez Edvard también estaba allí. Nils guardó mi secreto tan bien como cabía esperar de un niño de doce años, es decir, nada. No recuerdo qué lo provocó, pero de repente las palabras que rompieron la confianza flotaron pesadamente en el aire: «Rutger está enamorado». No es de extrañar que, ya de adulto, me resulte difícil hablar de sentimientos.

En realidad, no debería haber esperado mucho de Nils, que era un mentiroso patológico de niño. Nos conocimos en las clases de gimnasia de la asociación Uppsalafläckorna, cuyo nombre resultaba vergonzoso para los niños cuando éramos muy pequeños. En aquella ocasión, Nils me explicó de manera

muy convincente lo fuerte que te hacías comiendo espinacas. Escuchar ese mensaje tan manido de un chico guay en lugar de oírsele a mis padres me llevó a insistir durante varias semanas en seguir una dieta increíblemente saludable. Varios años después, cuando Nils y yo acabamos en la misma clase, resultó que él nunca había comido una sola verdura por voluntad propia en toda su infancia.

Edvard, por supuesto, se interesó de inmediato. Los secretos de los demás son igual de emocionantes para todos. Sin embargo, Nils había olvidado el nombre de Miranda. ¿Quizás, después de todo, me había salvado a medias? Me preguntaron si no podía decir su nombre, pero me negué a decir nada. Sin embargo, Edvard no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente y le pidió a Nils que la describiera. Por más que lo intento, no consigo entender de dónde sacó Nils la comparación: «Se parece a una seta de tinta». Aún más enfermizo que la absurda comparación fue que Edvard supiera inmediatamente a quién se refería Nils: «¡Es Miranda!». El cerebro de Edvard era capaz de establecer paralelismos de una forma que nunca he entendido.

Los dos niños de cuatro años subieron las escaleras cogidos de la mano. Eran mi hermano pequeño Edgar y Elsa, la hermana menor de Edvard, y tenían expresiones serias y solemnes. Frente a la pequeña ventana que daba al bosque, mi padre esperaba a la joven pareja. Edvard y yo, mi madre y sus padres, formábamos el público. Elsa y Edgar, como Edvard y yo, tenían la misma edad e iban al mismo jardín de infancia. Llevaban mucho tiempo enamorados y habían insistido en casarse, lo cual iba a tener lugar en la casa de invitados de nuestra residencia de verano. Durante años, Edvard y yo les recordamos a nuestros hermanos menores este acontecimiento, que se volvía cada vez más embarazoso a medida que crecían. Al mismo tiempo, no podíamos evitar sentir una cierta reverencia tácita por la ceremonia. Como la realeza a lo largo de la Historia, hicimos el matrimonio para sellar nuestra alianza dinástica. Los lazos inquebrantables de aquel matrimonio hicieron que nuestra amistad fuera eterna.

Ucrania

30 de abril de 2022

«LOS GITANOS SECUESTRARON un caballo», reza el texto sobre una imagen estilizada de un caballo tirando de un tanque con una cuerda, que adorna una valla publicitaria ucraniana. El tanque está marcado con el símbolo Z del ejército ruso. Edvard dice que es una broma ucraniana. No entiendo nada.

2 de mayo de 2022

Edvard envía una nueva foto de su almuerzo. La foto llega tarde y ya se ha comido la mayor parte de la comida, pero dos pequeños trozos de filete de arenque brillan en el plato. Edvard lo comenta: «Almuerzo de arenque». La Noche de Walpurgis fue hace dos días, pero ahora todo está en orden. También dice que hoy va a coger un tren a Kyiv. Todos sus planes han cambiado. Él y los demás suecos se han separado, y ha decidido no ingresar en la primera unidad con la que tuvieron contacto porque la organización era muy deficiente. Algunos de los demás incluso han vuelto a casa. Hay muchos voluntarios extranjeros, pero no hay una organización adecuada para recibirlos. Sin embargo, ha oído hablar de mejores oportunidades en Kyiv, algo que va a investigar sobre el terreno. Si parece interesante, es posible que más suecos —y más material sueco— le sigan hasta allí.

3 de mayo de 2022

EDVARD: ¡Ahora en Kyiv! El taxista que me llevó de la estación al hotel no hablaba inglés, pero aun así se las arregló para expresar lo que pensaba de Suecia con gestos cuando entendió que yo era de allí. También habló de Finlandia y de Noruega sin que yo lo mencionara. 🤝 🤝 🤝

JOSEFINE: ¿Y qué pensaba de Suecia?

EDVARD: 😊 😊 🤝 🤝 🤝 🤝

STEN: ¿Llevaste dólares? Espero que le dieras una buena propina.

EDVARD: Muchos, pero son completamente innecesarios porque aceptan tarjetas en todas partes y hay cajeros automáticos que funcionan en cada esquina. Es así incluso si vas al campo.

4 de mayo de 2022

Edvard ha cambiado de hotel y envía una foto de la carretera. En la mediana hay muchas barreras de hormigón, obstáculos antitanques de acero y otros escombros generales que quedaron del bloqueo que se estableció cuando las fuerzas rusas se acercaron a Kyiv hace sólo unas semanas. Alguien le pregunta por qué ha cambiado de hotel.

EDVARD: Antes me alojaba en un aparthotel y, cuando pregunté si tenían servicio de lavandería, me remitieron a la lavadora que tenía en el apartamento. Como podéis imaginar, simplemente no podía quedarme.

Más tarde envía una foto desde un restaurante tártaro de Crimea; está comiendo una especie de albóndigas de patata alargadas y con forma de lágrima. Sten afirma que nuestras culturas son exactamente iguales y consisten en rollitos de col, arenque y albóndigas de patata.

6 de mayo de 2022

Edvard visita una iniciativa de entrenamiento dirigida por algunos estadounidenses y suecos, y tiene la oportunidad de instruir a algunos guardias nacionales ucranianos. Fotografía al líder del escuadrón estadounidense, que tiene una gran sonrisa con un cigarrillo en la boca, un uniforme caqui y un Kalashnikov con un gran cargador redondo: parece sacado de nuestro videojuego favorito de la adolescencia, *Battlefield 1942*. También fotografía el patinete eléctrico que llevó al campo de entrenamiento.

7 de mayo de 2022

Edvard fotografía una bandera colgada en un poste para señales de tráfico temporales. Es una bandera clásica roja y blanca con una cruz, similar a la inglesa.

STEN: ¿No es esa la bandera que se utilizó en las protestas contra Lukashenko, como propuesta de bandera para una Bielorrusia libre?

EDVARD: No la he visto, pero puede ser. Los voluntarios bielorrusos aquí son tan numerosos que tienen su propia organización, al igual que los georgianos.

STEN: Es lógico. Joder, cuánto han aguantado desde 2008, ¿sabes?

EDVARD: Los bielorrusos suelen ser más fiables que otros voluntarios porque no tienen la opción de volver a casa simplemente cuando ya no quieran continuar.

STEN: Ah, ¿para ellos es más existencial la lucha al no tener como última opción la de regresar a Suecia?

EDVARD: Exactamente.